

# Historia

## LA GUERRA BANCARROTA DE LA HUMANIDAD

En un reciente número de la "Civiltá Católica" pública como primero de sus artículos, con el título que encabeza estas líneas, el siguiente trabajo del padre Baragli, S. J.

Se ha dicho que la Historia es, sí, la maestra de la vida, pero que tiene muy pocos alumnos aplicados entre los hombres, que, no obstante sus lecciones y repeticiones, continúan desde hace milenios repitiendo siempre los mismos errores. Hace dos siglos que Federico el Grande escribía melancólicamente: "El que lea la Historia con ponderación encontrará que casi siempre se repiten las mismas escenas: sólo hace falta cambiar los nombres de los actores".

Entre las escenas que invariablemente se repiten prevalecen las guerras; tanto, que la Historia parece una interminable serie de guerras. Monótona serie si dos factores no cambiasen su monotonía en una angustia opresora. El primero es el crecimiento de los medios de destrucción y de sus masas nocivas: las hondas y las saetas se hacen picas y arcabuces; después, ametralladoras, cañones, bombas volantes, bombas atómicas; los males producidos por algunos millares de gente armada para quienes era suficiente teatro de operaciones un lago de agua como Salamina o una llanura como Wagram, ha venido a ser el de millones de soldados de la guerra moderna, para los que no bastan ni los continentes, ni los océanos, ni los cielos. Además, los intervalos de respiro entre un conflicto y otro se acortan. Si cincuenta y seis años separaron entre 1814 y 1870 dos guerras de Francia y Alemania, cuarenta y cuatro fueron suficientes para llevarnos a 1914, veinte años maduraron la segunda guerra mundial y todo hace temer que sean menos de diez años que

separen a la segunda de la tercera, si pueden llamarse de paz estos años de armisticio.

Este aumento gigantesco de las escalas hace cada vez más difícil juzgar la guerra sin alejarse demasiado de la realidad. Por muy panorámica que se esfuerce por ser la visión del historiador, su relato frente a las "realidades mundiales" corre siempre el riesgo de ser parcial y episódico. Pero si tal es la condición del historiador, figuremonos cuál es la del hombre corriente. Ahora, con frecuencia, la guerra se reduce a unos pocos detalles dolorosos que él ha sufrido: la cola para recoger el pan, la huida al refugio cuando las sirenas suenan, la viña arrasada por los tanques, los hijos dispersos o fusilados, seres queridos sepultados bajo las ruinas de la casa..., desastres en la vida de un hombre o de una familia, pero que se diferencian muy poco de los accidentes más o menos dolorosos del tiempo de paz.

Naturalmente, el juicio moral de la guerra, sigue con frecuencia esta visión parcial que se tiene de ella. Todos los hombres, es verdad, si son buenos y equilibrados, ponen la guerra entre las mayores plagas de la Humanidad; pero ¡cuánto más severo sería su juicio si lo pudiesen fundamentar sobre la suma de todos los sufrimientos, destrucciones, angustias, deportaciones y muertes imputables a ella! Prueba de ello es que cuando con el pasar de los años viene a conocer datos menos parciales sobre el trágico balance de una guerra moderna, el hombre común queda en los primeros momentos atónito, sin acabar de comprenderlos, por encontrarlos fuera de su medida; después, permanece incrédulo; finalmente, se aterroriza; y se pregunta si la Humanidad puede encontrar un medio más rápido y seguro que la guerra moderna para destruirse a sí misma; si puede haber locura mayor que la guerra.

### Balance trágico de la primera guerra mundial

Pasemos, por ejemplo, revista a algunos datos relativos a la primera guerra mundial. En los cincuenta y un meses que ésta duró (julio de 1914-noviembre de 1918), según datos oficiales, gastaron las naciones combatientes la astronómica suma de 1.195 miles de millones de francos oro. Cuán enorme insensatez es el gasto representado por esta suma aparece bien si se recuerda que toda la deuda pública de los mismos estados en la víspera de la guerra no superaba los 130 millares de millones de francos oro. Pero en cifras no menos astronómicas se computaron los daños de la guerra, tanto, que en el tratado de Versalles las mismas potencias aliadas —y estamos autorizados a creer que tenían una actitud que en modo alguno era benévola hacia la

vencida Alemania— tuvieron que reconocer que sus recursos no serían suficientes para repararlos todos, y por eso en sus cuentas se limitaron a anotar sólo los daños sufridos por las poblaciones civiles y no los daños en las obras y el material de los ejércitos y de las flotas. Y, sin embargo, aun con estas atenuaciones, Inglaterra denunció daños por valor de 2.543 millones de libras esterlinas; Francia, por valor de 214.000 millones de francos papel; Bélgica, por 36.000 millones y medio; Italia, por 86.800 millones de liras, todo ello en moneda de 1920.

Pero tanto los aliados como los imperios centrales se encontraron iguales en otro balance bien macabro: el de las vidas humanas perdidas. Baste decir que, sin tener en cuenta la mortalidad ordinaria ni la de las varias epidemias que siguieron a la guerra un poco en toda Europa, la primera guerra mundial borró de la faz de la Tierra todos los días el equivalente de un gran pueblo: 20.000 almas; todos los meses, la población de una gran ciudad; 700.000 habitantes; todos los años, la de una metrópoli tan grande como Londres o Nueva York: más de ocho millones de almas; en poco más de cuatro años, el equivalente de toda la Población de España y Portugal, en una hecatombe de 35 millones de vidas, de las que 10 millones, eran soldados muertos en la guerra. Ahora bien, estas cifras, por muy trágicas que sean, palidecen ante el balance, sin embargo parcial, de la segunda guerra mundial.

#### Enormes gastos

Comencemos por los gastos de la guerra. Para Inglaterra, exactamente la mitad de todo el presupuesto preventivo de la nación en 1939-1940 estaba destinado a la defensa nacional; el mismo año esta proporción, ya absurda, fué superada por Francia, que destinaba a gastos de guerra, el 60 por ciento de su presupuesto. Como era de prever, a estos insensatos preparativos correspondieron no menos insensatos gastos en las naciones empeñadas en el conflicto; se sabe, en efecto, que en 1944 Inglaterra gastó en la guerra el 54 por 100 de su presupuesto; Canadá, el 52 por ciento; Nueva Zelanda, el 49 por 100; los Estados Unidos, el 46 por 100; Australia y la U. R. S. S., el 44 por 100. Cuánto costó en particular la guerra a los Estados Unidos puede deducirse de estos solos datos: entre los años 1941-1943 los Estados Unidos construyeron más de millón y medio de carros militares; sólo en 1944 construyó 100.000 aeroplanos, por el coste conjunto de 16.000 millones de dólares, equivalentes a 9 billones de liras italianas actuales; en cuarenta y cuatro meses los aviones construídos sumaron 274.674.

Paralela a la de los gastos fué en los seis años de guerra la curva de las destrucciones materiales. Cálculos ofi-

ciales arrojan sólo para Europa un total de 131.500 millones de dólares, equivalentes a una contribución de cerca de medio millón de liras por cada familia de Europa. Todavía más espantosos, proporcionalmente, son los datos de la U.R.S.S.: ésta ha denunciado 128.000 millones de dólares de daños (cerca de 90 billones de liras italianas), correspondientes a una contribución de cerca de medio millón por cada uno de sus 193 millones de habitantes.

Vista desde una altura, pasado el ciclón, la Tierra debe parecer un único enorme montón de hierros torcidos, calcinados y cenizas.

Valgan, para poner de relieve toda la grandeza del desastre, sólo algunos datos: los países beligerantes perdieron naves por un total de 36.787.000 toneladas; es decir, más de la mitad de todo lo que poseían en 1939 (69.970.000 toneladas). El Japón contó con una cuarentena de ciudades de más de 100.000 habitantes destruídas en gran parte, y otras tantas ciudades arruinadas en el 30 por 100 de sus superficies; en Alemania fueron destruídas hasta un 45 por 100 de su superficie Munich y Mannheim-Ludwigshafen; hasta un 50 por 100 Berlín, Hamburgo, Düsseldorf, Duisburg, Munich, Gladbach; hasta un 55 por 100, Stuttgart, Nüremberg, Essen, Hann, Kiel, Friburgo; hasta un 60 por 100, Francfurt del Main, Dresde, Hannover, Dortmund, Münster, Darmstadt; hasta un 65 por 100, Colonia y Aquisgrán; hasta un 75 por 100, Kassel, Maguncia, Bochum, Emden, Soest; hasta un 80 por 100, Paderborn, Würzburg, Hanau. Un detalle digno de meditación: a los habitantes de Berlín, Essen y Stuttgart correspondieron diez metros cúbicos de escombros por cabeza; a los de Hamburgo y Francfurt, veinte metros cúbicos por cabeza; a Nuremberg, treinta metros cúbicos.

#### Destrucciones sin cuento

Las amarguras crecen si fijamos nuestra atención en la calidad de las destrucciones. Pensemos, por ejemplo, en Francia, que ha visto destruídos 4.000 (es decir, una séptima parte) de todos sus edificios históricos; pensemos en los volúmenes destruídos únicamente en las dos bibliotecas de Tours y Caen, en número de 1.270.000, y en la hecatombe de libros y de manuscritos ocurrida en las bibliotecas de Alemania, donde "no ha sido destruída alguna que otra biblioteca, sino el conjunto total de las mejores bibliotecas". Basten estas cifras indicativas: la biblioteca nacional de Hamburgo ha perdido 600.000 volúmenes; la regional de Stuttgart, 580.000; la nacional de Munich y la regional de Darmstadt, medio millón cada una; la universitaria de Münster, 400.000 volúmenes y medio millón de disertaciones; las de Kassel, Munich, Kassel, Dresde, Francfurt del Main, Diel, Wnrzburg, Lipsia, Bremen, Magdeburgo, Han-

tado salvar lo salvable "con un almanaque y Nuremberg, conjuntamente, más de tres millones de volúmenes y más de 600.000 disertaciones. Y, sin embargo, en Alemania, como en otros puntos, en previsión de la guerra, se había intentado salvar lo salvable "con un almanaque de los libros sin parangón en la historia de las bibliotecas", especialmente para el material más valioso: manuscritos, códices, incunables, etc. Pero el fuego y el agua penetraron en los refugios y en las cantinas: así se perdieron casi todos los códices medievales de la Universidad de Münster, 7.000 manuscritos de la regional de Dresde, 320 manuscritos y 25 incunables de la comunal de Wuppertal, 50 manuscritos y 752 incunables del Museo Bibliológico de Lipsia. Los mismos desastres causaron el fuego y el agua en los archivos. Una investigación exacta llevada a cabo con respecto a los de Italia, informa que de 1.649 archivos de la nación sólo un quinto salió indemne del huracán, unos 873 resultaron dañados y 409 destruidos.

Pero también en la segunda guerra mundial la sombra más negra la dan las cifras de las vidas humanas que se han perdido. Sólo los muertos debidos a la acción guerrera en Europa suben a 13.450.000, de los que casi nueve millones son personas civiles y más de cuatro millones y medio militares: lo cual equivale en términos económicos a un cruento interés del 4,70 por 100 sobre el total de la población. Pero esta enorme cifra ha sido superada por Rusia; su contribución de sangre llega el 8,91 por 100 de la población de 1946, y alinea 17 millones de cadáveres: siete millones de militares y 10 de civiles, de los que cinco millones murieron de frío y de hambre. ¿Qué vacío en la población del globo resultará imputable a la guerra si se computan también las no menos sangrientas hecatombes soportadas por América, el Japón, China, la India y África y si a los muertos en acción guerrera se añaden las decenas de millones de muertos a consecuencia de ella por el hambre, los sufrimientos y las enfermedades? ¿Si, en fin, se añadiesen todos los niños que debían haber nacido y no nacieron, los millones de familias que la guerra separó violentamente o dispersó o impidió que se crearan?

**Lo que costaría una tercera guerra**

¿Dónde y cuándo se detendrá esta Humanidad enloquecida? ¿De cuántas cifras deberá ser el número del conjunto de una tercera guerra mundial que se cierne sobre nosotros? Considérense un poco estos números publicados en periódicos o revistas —signo de los tiempos— como "curiosidad". Una

(1) En la mejor de las hipótesis sirve sólo para gastar inútilmente el dinero, como ocurre cuando la estrategia del enemigo o su contraarmamento u otros imponderables hacen inútiles preparativos ofensivos y defensivos que hubiesen desangrado naciones enteras. Recuérdese

ametralladora pesada cuesta hoy poco menos de dos millones de liras; un modesto cañón de 105 milímetros, siete millones; un carro armado pesado, unos 140 millones; una bomba volante (¡y nótese que se emplea sólo una vez!), cerca de 200 millones; un caza nocturno F-89, más de 800 millones; un bombardero B - 36, 4.500 millones; uno de reacción B-47, casi 4.000 millones. En noviembre de 1947 hacía el vuelo de ensayo un Conwair XC 99, de 120 toneladas, capaz de llevar 400 hombres a 2.600 kilómetros de distancia: había costado más de 15.000 millones de liras; a fines de abril de este año, en el Congreso de los Estados Unidos se pidieron 30 millones de dólares para la construcción de un submarino de propulsión atómica; y 218 millones de dólares para un portaaviones con pista para bombarderos atómicos. Si estos son los costes por unidad corriente, si se piensa que una guerra moderna se hace con millones de ametralladoras, centenares de millares de aviones y de carros armados, millares de naves y submarinos, se explica los números kilométricos que es preciso emplear para los presupuestos de guerra. En Francia, por ejemplo, a pesar de que todo el presupuesto de la nación preveía un déficit de 400.000 millones de francos para 1951, no bastan ya los 500.000 millones gastados en la guerra de 1950, sino que se prevén otros 80 y se calcula un programa suplementario de unos dos billones de francos en tres años; el presupuesto de los Estados Unidos pide para gastos de guerra en 1951-52 no menos de 40 billones de liras, que equivale a decir 100.000 millones al día, iguales a una contribución de sangre de 1.000 liras al día por cada habitante de los Estados Unidos, incluidos los recién nacidos.

**¿Si todo ello se empleara para el bien!**

El pensamiento vuela a las obras de bien que con tales medios podrían construirse si la Humanidad recobrara el juicio; que a estas horas acaso se habría vencido el cáncer y la poliomielitis; se habrían resuelto todas las ansiedades económicas que incitan a millones de esposos a no dar la vida o a ahogarla en su nacimiento; se habrían cortado las posibilidades del comunismo aboliendo la miseria y el hambre; se habría llevado el cristianismo a todos los infieles, con tal de que no decimos todo, sino sólo la milésima parte de estos gastos se hubiesen empleado no en matar, sino en sanar.

Y en cambio, todo esto, y todavía más, servirá sólo para matar: para matar cada vez más y cada vez más aprisa (1).

se la línea Maginot, que no sirvió para nada; la línea Sigfrido, que casi quedó inútil. Piénsese en el "stok" de gases asfixiantes que, gracias a Dios, no se emplearon por ninguno por miedo a recibir en retorno un daño mayor; recuérdense los 350.000 italianos derrota-

Comiéndase la primera guerra mundial con el fusil, que mataba un hombre cada vez; y con cañones de tiro razonable, y termina con gases asfixiantes, que mataban a los hombres como moscas; con ametralladoras, que los se-gaban como la mies; con morteros del 420 y con cañones que tiraban a 100 kilómetros. Hemos después comenzado la segunda guerra con los Stukas y con las bombas de 1.000 kilos, y la hemos terminado con las de seis toneladas, con las V.2 y con la atómica: un instrumento de guerra dos mil veces más potente que las bombas hasta ahora conocidas, que en una fracción de segundo desarrolló energía por valor de 23 millones de Kw., equivalente a toda la energía eléctrica empleada hoy en Italia en once horas; y la desarrolló para matar de un golpe en Nagasaki a 40.000 personas inermes, y en Hiroshima a 80.000 (2).

¿Qué artefactos de guerra se preparan para el día de mañana con los enloquecedores presupuestos de que hemos hablado? Tenemos ya el bombardero Consolidated Vultee B-36, que transporta 33 toneladas de bombas; en la martirizada Corea funcionan ya "satisfactoriamente" las bombas de napalm (3); se habla de nuevas bombas atómicas respecto a las cuales las del tipo de Nagasaki y de Hiroshima serían "antieconómicas". Sí, justamente eso: hoy se habla de bombas para hacer cenizas a nuestros hermanos igual que si se hablara de insecticidas. Alguien ha escrito: "El arma atómica es el arma "más barata que existe"; "las armas teleguiadas tendrán carga atómica, porque sería "antieconómico" el explosivo corriente". Con este criterio parece que será "muy económica" la bomba de hidrógeno, que tendrá "rendimientos" superiores en millares de veces a los de las bombas de tipo Hiroshima. Tanto es así, que una bomba atómica servirá de simple detonante, como el fulminante de mercurio en una carga de dinamita.

dos por 23.000 "colonial soldiers" armados y equipados de lo necesario y de lo superfluo; los mastodónticos carros armados rusos en Corea, puestos fuera de combate por los modernos bazooka, justamente como el terrible y costoso elefante del rey Antíoco quedó fuera de lucha por el cuchillo del heroico Eleazar.

(2) Todavía son inciertos los datos de las dos bombas atómicas. Los datos más razonables parecen éstos: En Nagasaki, de 200.000 habitantes, 50.000 heridos curados y 40.000 muertos. En Hiroshima, de 300.000 habitantes, 85.000 heridos curados y 80.000 muertos. Según otra fuente de información, Hiroshima da de 260.000 habitantes, 60.000 muertos en el acto y sólo 10.000 indemnes del todo.

(3) El napalm es bencina que se ha convertido químicamente en pesada o

¡Así parece que nos hemos puesto definitivamente en el camino de la civilización! Cálculos aproximados hacen concluir que los 140.000 muertos de Hiroshima y Nagasaki cuestan sólo diez millones de liras cada año. ¡Animo, ánimo, hombre civil, que pronto bastarán unos centenares de liras, como para ir al cine, para matar en masa a los que una vieja moral llamaba "tus hermanos"! Y al mismo precio, sin más añadidura, tus inteligentes invenciones darán a los muertos un acompañamiento diez veces mayor de quemados, de deformados, de ciegos, de impotentes. Sonreirás entonces recordando los tiempos cuando las radios de todo el mundo se lanzaban la una a la otra la petición de una medicina rara para salvar la vida de un niño; te reirás viendo que es antieconómico el ir y venir de aviones y de naves para salvar a una docena de exploradores perdidos en los hielos polares, y el angustioso seguir hora a hora en el comunicado de los periódicos la suerte trágica de unos pocos marineros a los que servía de tumba un submarino, y el debilitarse de las voces de diez mineros sepultados en una mina; compadecerás a esos hombres extraños y vestidos de blanco que todavía hoy sudan en torno a una mesa de operaciones y palidecen cuando temen que una vida se les va a ir y rien y lloran de alegría cuando la operación difícilísima salva a un hombre. ¡Fuera estos romanticismos de otros tiempos! El héroe de hoy lo hace la guerra: frío, calculador, a quien una orden le hace destruir de un golpe millones de personas y vuelve a la base sonriente, aplaudido, sin remordimiento, como si hubiese destruido no una ciudad de hermanos, sino simplemente un nido de perdices.

#### Olvido de pasados horrores

¡Cuán débil debe ser el recuerdo que los hombres conservan de los horrores de la guerra si a la primera reivindi-

gelatinosa, de tal modo que se extiende sobre el terreno quemando en lugar de convertirse en una llamarada de pocos segundos, como haría la bencina normal. La materia para hacerla pesada se encontró durante la segunda guerra mundial, y es una mezcla de naftanato de aluminio y algunos compuestos grasos extraídos de la nuez de coco, de donde viene el nombre de napalm (nap, de naftanato, y palm en relación con las nueces de coco). En Corea, el napalm es transportado por aviones en recipientes de 500 a 700 lbs. dotados de detonantes de fósforo blanco. Una bomba de napalm quema con fuerza a 1.600 grados centígrados en un radio de acción de 25 metros. La Marina de los Estados Unidos y el C. I. la aman, pero se tienen abundantísimas pruebas de que los rusos la temen más que cualquier otra arma del arsenal de los Estados Unidos.

cación que encuentran o al primer sentido de poder que advierten lo olvidan todo para exaltarse en una nueva psicosis de guerra! Hay gente que dice sin temor alguno y aplaude sin enrojecer "slogans" como éstos: "Sólo los pueblos guerreros están admitidos a entrelazar el grande y eterno tejido de la Historia". Entonces el hombre se esfuerza por creer que la guerra que él quiere y prepara será sin más ni más la última que dará solución definitiva a todos los problemas pendientes antes y mejor que todos los tratados, los cuales se rechazan como inoportunos y dañosos; esta vez la guerra será una "blitz-krieg" (guerra relámpago), y por eso debe ser feroz y sin escrúpulos.

Por ejemplo, en Alemania pasó en vano la severa lección de la aventura de 1914-1918, iniciada con jactanciosa seguridad y terminada en un desastroso colapso; en vano, a pesar de cuanto la Historia les debía haber enseñado, el 24 de agosto de 1939, cuando más oscuro era el horizonte y las nubes amenazaban con los primeros rayos, la religión y la razón advertían por los labios de Pío XII: "Nada se ha perdido con la paz; todo puede perderse con la guerra." No. Las palabras del Papa se cruzaron con las del histérico maniático, que unas horas antes, en Berchtesgaden, había dicho a sus generales: "Sólo es de temer que cualquier necio lance una propuesta de mediación. En este caso corresponde al ejército obrar con la máxima brutalidad. Cuando se consiga la victoria, nadie se acordará de las violencias. Gengis Khan hizo matar a millones de hombres y, sin embargo, la Historia no ve en él sino un gran conductor de un imperio". ¿Pero bastan hoy todos los ojos de los alemanes para llorar las amarguras que siguieron a la fácil profecía del bárbaro y presuntuoso fuhrer? En los seis años que van de 1939 a 1945, Alemania ha padecido más destrucciones y pérdidas que en todo el resto de su historia milenaria. Prudentes valoraciones hacen ascender a seis millones sus muertos y desaparecidos; sus hombres útiles fueron deportados; su territorio, invadido y ocupado por los ejércitos de cuatro naciones; sus industrias, desmanteladas, mientras se prepara en estos años de agonía más que de armisticio la larga lista de las reparaciones.

Una lección semejante, aunque providencialmente menos desastrosa, correspondió a Italia cuando otro exaltado, sordo a todos los consejos y a todos los ofrecimientos, quiso disponer de algunos millares de muertos para no permanecer con las manos vacías en la mesa del botín, y en lugar de eso nos precipitó en un abismo del que tardaremos decenios en salir. Los ojos lanzan sus últimas lágrimas al ver traducidos en cifras nuestros dolores y nuestras vergüenzas. Entre la "más florida juventud expedida para "triturar" a Grecia, 14.000 murieron, 50.000

fueron heridos, 25.000 prisioneros o dispersos, 12.000 helados. La todavía más trágica aventura de la A. R. M. I. R. se tragó 1.350 cañones, 18.000 automotores, 129.000 bestias de carga, 220.000 hombres. Después del armisticio del 8 de septiembre fueron 700.000 los soldados deportados a Alemania. Total de la lista: civiles internados o deportados, 345.000; prófugos, 469.000; prisioneros, 1.480.000; heridos, 262.000; muertos, 442.000. Total del botín: un ejército volatilizado, un imperio perdido y seis billones de daños en casa. ¿Pero quién hará el cómputo de todos los restantes daños no computables, como la ruina y la pérdida de obras históricas y artísticas (Montecasino, por recordar sólo una), el desenfreno de los instintos de venganza, de ferocidad, de hurto y de lujuria causado por la debilitación de la ley, por el hambre, por la reacción contra el terror creciente de las acciones guerreras, por el súbito enriquecimiento de aventureros sin escrúpulos, por el paso de ejércitos que sobre todos sus pasos dejaron inequívocas señales del vicio: nubes de hijos bastardos para la inclusa y de sífilíticos para los hospitales? ¿Y quién no recuerda la niñez abandonada, entregada a la rapiña y al lenocinio, semillero superabundante del malvivir futuro? ¿Quién no recuerda la bravuconería espontánea sucedánea de la lucha partisana y el difuso oscurecimiento de la conciencia moral, que miraba impasible los más atroces delitos y veía hundirse siglos de derecho, de recto sentir y de civilización? Ahí están en Roma los 335 asesinados de las fosas ardeatinas; ahí están en toda Italia las represalias sobre los inermes e inocentes; y fuera de Italia, en Katyn, la matanza de 11.000 oficiales polacos, fríamente dispuesta y llevada a término por Rusia; en Alemania, los siete millones de atormentados, asfixiados, seccionados en vivo en los campos de concentración de Dachau, de Auschwitz...; dentro y fuera de Italia, sangriento eco de guerra, eco de centenares de millares de asesinados sin piedad por razones políticas o por venganza largamente acariciada por vulgares asesinos, premiados después, para vergüenza nuestra, con el nombramiento para diputados o para senadores...

#### Impotencia para limitar los daños

Todo esto es la guerra; más aún, todo esto viene fatalmente a resultar toda guerra, ya que está, sí, en manos del hombre no desencadenarla, pero una vez desencadenada no está en su poder limitar sus daños, las más de las veces imprevistos; se repite invariablemente en ella la leyenda del "aprendiz de brujo", que evocó a los espíritus y resultó al fin su juguete y su víctima.

Y no será excepción a esta lección de la Historia una guerra futura: guerra total, que no perderá nadie; guerra no sólo de todas las naciones, sino de todos los ciudadanos.

Aun bajo este aspecto, la segunda guerra mundial fué de una elocuencia irrefutable. Hecha excepción de las pocas naciones que no han tenido en casa la guerra, los daños sufridos por las poblaciones civiles fueron más graves que los sufridos por los soldados. Así, por ejemplo, en Francia a 200.000 muertos y 230.000 inválidos soldados correspondieron 450.000 muertos y 250.000 inválidos civiles. En Alemania "soldados combatientes en el frete declaraban sin ambages que el combate en las primeras líneas era más tolerable que las alarmas y las cortinas de bombas sobre los barrios habitados de las grandes ciudades; que el reducirse a cenizas las ciudades enteras como efecto de las bombas incendiarias y de las bombas de fósforo; que la muerte por combustión de millares de personas en los refugios antiaéreos". En el Japón, contra 554.349 entre muertos (241.309) y heridos (313.040) soldados, hubo más de ocho millones entre muertos, heridos o siniestrados civiles. Ahora se puede decir que el llevar la guerra a conciencia desde la declaración (¡y aun antes!) a casa del enemigo con todos los medios a la disposición, sin excluir ninguna forma parte del a b c del arte de la guerra. Y no hay duda alguna de que a este criterio obedecerá el uso del arma atómica, tanto más eficaz cuanto más de improviso pueda azotar, transportada a velocidades supersónicas, sin siquiera dar tiempo a que suenen las sirenas y baje la gente a los refugios.

#### ¿Ilícita toda guerra?

Este monstruoso extenderse de la guerra moderna, el incesante empleo de riquezas que exige y las infinitas atrocidades que la acompañan, han hecho proponerse con insistencia a más de un moralista la pregunta de si hoy siguen valiendo las antiguas distinciones de la moral entre la guerra lícita y la guerra ilícita, o si ya no puede decirse que si esta guerra, defensiva u ofensiva, es siempre ilícita, delito. Y no faltan quienes, adhiriéndose a esta solución extremista, han hecho de ella el argumento fundamental para predicar la paz a toda costa, y han presentado su pacifismo como doctrina genuinamente evangélica, y han declarado no sólo ilícita, sino obligatoria la negativa que los "objetantes de conciencia" ha opuesto a prestar su concurso a las acciones de guerra. Pero no es preciso decir que ni la práctica de quien así obra, ni la teoría de quien eso defiende encuentran en los principios de la moral natural o en la revelación la mínima justificación; porque del mismo modo que en la vida del hombre, en la vida de la sociedad, hay valores y derechos supremos para tutelar o defender, sobre los cuales toda acción puede ser no sólo lícita, sino obligatoria, aunque llevase consigo la aceptación de la más terrible de las guerras. Pero entonces será tremenda la responsabilidad de quien haya hecho necesaria la guerra, y

todavía más tremenda la responsabilidad de quienes para sus diabólicos intereses han meditado, querido y preparado largamente la guerra.

Quién es el que hoy quiere la guerra que tememos, lo saben todos. Es una pandilla de jefecillos comunistas que no tiene a Dios en el corazón, sino el odio; no piensan en el bienestar del proletariado, sino en la manía del poder. Ellos han hecho de Rusia la base de operaciones para someter a todo el mundo, aunque sea por medio de la matanza y la barbarie roja. Desde hace años una por una van sometiendo y destrozando a las naciones que tienen la mala suerte de tener confines con la Rusia o con sus satélites. Mil veces peores que él, han hecho suya la consigna del Duce: "Hablar de paz para preparar la guerra". Con la ayuda de viles renegados han hecho revolotear por todas partes la paloma de la paz para multiplicar por todas partes las hogueras de la guerra. Invitados a amables componendas, no van; si van, las hacen inútiles con sus vetos en cadena; si las inician, las alargan hasta el infinito con sus interminables y villanas charlatanerías. Entre tanto, con todos los rublos, todo el sudor y toda la sangre de los desgraciados que gimen bajo su bota, preparan febrilmente la guerra; en lugar de aliviar la miseria de sus proletarios, tan profunda que un viaje al extranjero constituye para ellos la más peligrosa de las tentaciones, gastan billones de rublos para reunir cada vez más soldados, cada vez más aviones y submarinos, cada vez más carros armados y para hacer más fuertes los preparativos del arma atómica... Entre tanto, en espera del gran ataque, sistemáticamente tientan la paciencia y las fuerzas del adversario atacando en Corea con gasto de millones de ingenuos, ilusos con la esperanza de un feliz porvenir, que van a hacerse matar por los criminales que desde lejos les mandan...

¿Qué tribunal humano será capaz de medir toda su iniquidad?

Por eso en la terrible hora que la Humanidad está atravesando no hay corazón cristiano, no hay corazón de hombre que no dirija a Dios su confianza y su oración de todo corazón, profunda como el grito del motor que ha suministrado la energía para imprimir estas cuartillas. Pertenecía a un carro armado Sherman, que tenía dos motores gemelos. Uno, quién sabe dónde fué a terminar; el otro está aquí, conectado con la dinamo que proporciona la energía a esta tipografía. Cuando arrancan los acumuladores, da como un rugido; después, alienta, canta, grita a medida que el número de las revoluciones aumenta; cuando alcanza la velocidad de régimen, el galopar de sus 125 caballos da un ruido potente, al que responde el coro de todas las máquinas: impresoras, fundidoras, cortadoras, cosedoras, a las que envía sus casi cien kilovatios. hora de energía. Ruido y coro que no-

sotros, amenazados por los horrores de la guerra, interpretamos así: ¡Perdón, Señor, a los malvados que quieren la guerra! (Ps. Salmo 67, 32). Tú que has llamado felices a los pacíficos y a los

suaves porque de ellos es la posesión de la tierra, trae a este mundo, cansado de luchas, tu felicidad. Que las riquezas que has escondido en la tierra y la luz con la que has dotado al ingenio del hombre vuelvan a hacer serena la vida. Que ocurra en todo el mundo lo que aquí ha ocurrido: el gran motor de un carro armado no sirve ya para aplastar bajo los hierros de sus cadenas los

campos de patata de Holanda y las viñas del Rhin, para destrozar a los heridos y a los helados esparcidos junto a las riberas del Don, para hundir las pobres casitas campesinas de Italia y las capillas musgosas de la Bretaña...; canta de alegría porque da trabajo, pan y serenidad a cien familias de obreros, porque sirve para defender a través de la prensa, libros y revistas de arte y de economía, de medicina y de ciencia, el amor, la religión y las serenas diversiones; para dar a la Humanidad lo que necesita para que resulte menos gravoso y más humano este destierro terreno.

## E. BARAGLI, S. J.

(Viene de la pág. 73).

de la infracción y el día, hora y lugar en que

b) En la citación le hará saber el motivo de la infracción, y el día, hora y lugar en que se celebrará la audiencia;

c) El infractor tendrá derecho a pedir en dicha audiencia las pruebas que estime convenientes y de alegar lo que a su derecho convenga, y

d) La Comisión Calificadora pronunciará, en seguida, su resolución.

Artículo 6º—La Comisión Calificadora podrá sesionar con tres de sus miembros y decidirá los asuntos de su competencia por mayoría de votos de los que la integran.

Artículo 7º—Para el registro del título o la cabeza de las publicaciones periódicas a que se refiere el artículo 1º de su contenido o del derecho del autor de las mismas publicaciones, es necesario que la Comisión Calificadora declare que están exentos de los defectos especificados en aquel artículo.

Artículo 8º—Los propietarios, directores o editores de las publicaciones, podrán solicitar en cualquier momento, de la Comisión Cali-

ficadora, que dicte sobre su solicitud.

Artículo 9º—La Dirección General de Correos sólo permitirá la circulación postal de publicaciones periódicas, si, a la solicitud correspondiente, se acompaña certificado de licitud expedido por la Comisión Calificadora.

Artículo 10º—Las disposiciones de este Reglamento son aplicables a todas las publicaciones mencionadas en el artículo 1º, aunque sólo estén destinadas para adultos.

Transitorio:

Unico: Este Reglamento entrará en vigor, tres días después de su publicación en el Diario Oficial de la Federación.

Dado en la residencia del Poder Ejecutivo Federal, en la ciudad de México, Distrito Federal, a los quince días del mes de marzo de mil novecientos cincuenta y uno. Lic. Miguel Alemán; el Secretario de Educación Pública, Lic. Manuel Gual Vidal; el Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, Lic. Agustín García López; el Secretario de Gobernación, Adolfo Ruiz Cortinez".

